

**Roger GRIFFIN. *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*. Madrid, Ediciones Akal, 2010, 576pp. Publicado bajo el título original de *Modernism and Fascism. The Sense of a Beginning Under Mussolini and Hitler*, New York, Palgrave Macmillan, 2007.**

Roger Griffin, historiador inglés y catedrático de Historia Contemporánea en la Brookes University de Oxford, en esta obra, la cual se puede clasificar dentro de la corriente denominada historia cultural, deja un gran legado, no tan sólo a los historiadores o aficionados a la temática fascista sino que también a quienes se interesan por los estudios del modernismo en lo que se refiere a sus más variadas acepciones, al ser capaz de vincular pulcramente la relación entre ambos. No está de más agregar que le antecede un gran prólogo del Doctor en Historia Stanley Payne, quien señala que es una obra sobre el fascismo de enorme valor, la más importante que ha aparecido en varios años.

Desde las primeras líneas, Griffin clarifica que en este libro no sólo pretende estudiar el fenómeno fascista sino que, de igual forma, se plantea indagar en el terreno de la naturaleza de la modernidad y del modernismo. Para el autor el fascismo es una forma o una variante del modernismo, lo que viene a refutar en primera instancia a quienes lo califican de fenómeno antimoderno o como reaccionario, pero lo esencial en su planteamiento es que se refiere a una complementariedad entre fascismo y modernismo, destacando que no pretende que esto sea un tema contestable, sino que procura ofrecer al lector una nueva y desafiante interpretación global.

Su estudio se enmarca en el periodo de entreguerras, espacio temporal de características fundamentales, pues precisamente ahí se habría gestado en italianos y alemanes aquella idea de “hacer historia”, de trascendencia y de renovación —utilizando la misma expresión del autor— aprovechando las posibilidades que se presentaban, y qué mejor que realizarlo materializando las ideas de cambio en las que los fascistas de aquel periodo confiaban y con ellas pretendían generar la renovación histórica, la nueva cultura que emplearía al arte como un fin en sí mismo, la nueva sociedad, la variación en el sistema estatal, y el nacimiento de una nueva estirpe de humanos definidos por mitos nacionales y raciales.

Griffin, a pesar de aunar diferentes dimensiones nacidas de las humanidades con la finalidad de obtener de ahí una interpretación, aclara que su intención no se acerca a una metanarrativa, tiene claro que hay varios espacios de estudio a los que debe acudir pero sólo lo hace por la necesidad, porque los unos y los otros son indispensables para llegar a la explicación. Así, el autor realiza una interpretación sinóptica de la relación entre modernismo, fascismo y nazismo. Aquella interpretación sinóptica de la que hablamos, alternativa por lo demás, refiere que el modernismo tiene la capacidad de colaborar y expresarse en movimientos

sociopolíticos. Lo interesante es que lo mencionado le es posible forjarlo en movimientos, valores y política, tanto de izquierda como de derecha. En vista de que modernistas se involucraron en proyectos ultranacionalistas de renovación de derechas, y que postularon reorganizar el mundo, pero no desde la nada sino que intentando una utopía que nacía de algunos elementos escogidos del pasado considerados como apropiados y briosos, rechazando los considerados como degenerados (destrucción creadora), el autor toca un punto fundamental y es que sólo gracias a ello se explica por qué artistas de vanguardia, entre ellos el futurista Marinetti, abrazaron el fascismo al igual que los políticos que objetaban el tiempo presente, ansiosos por el establecimiento de un nuevo tiempo, de la renovación. Esta es la gran arista que explica aquella relación entre fascismo y modernismo como fenómeno alternativo, rechazando así las ideas hasta ahora concebidas por estudiosos sobre modernismo y modernidad, sobre todo las que lo vinculan únicamente con progreso y liberalismo.

La obra está dividida en dos partes que tienen en común intentar solucionar el problema de las constantes aporías que presenta la relación entre fascismo y modernismo. En la primera de ellas expone desde un campo marcado por lo multidisciplinario, todos aquellos factores que develan las distintas manifestaciones del modernismo en el fascismo y el nazismo, nacidas desde un mismo eje estructural, como la literatura, la pintura, la política la ciencia y hasta el ocultismo, sólo por nombrar algunos, ensayando esta exposición en un camino que da brincos entre expresiones propias del siglo XIX y otras nacidas en el propio periodo de entreguerras, tal es el caso de la obra de Hermann Broch, *The Sleepwalkers*.

Pero además de lo expuesto, examina desde la antropología, ya sea social y/o cultural, todos aquellos aspectos que conforman al modernismo político, poniendo especial énfasis en él como movimiento de revitalización y de transición a un nuevo orden por medio de un líder carismático, lo que explica su relación con el fascismo al comprender que surge en el contexto de una sociedad marcada por el cambio cultural y por una correspondiente angustia personal. En este sentido el fascismo viene a constituir el movimiento revitalizador por antonomasia. Sólo por dar un ejemplo explicativo, Griffin plantea el clima de decadencia psicológica producido por la Gran Guerra, marcado por la experiencia de haber participado en ella lo que habría provocado un ansia de renacimiento. Pero eso no es todo porque, Griffin, y este es uno de los puntos interesantes de su propuesta, revisando la teoría política de Karl Marx, postula al marxismo como corriente modernista debido a que sus metas utópicas se derivaban de su propia “voluntad de trascendencia”, tal como en 1995 lo había planteado Peter Osborne, postulado que pone al marxismo, al fascismo, al nacionalismo y a las vanguardias artísticas y culturales, dentro de los mismos cánones al remitirnos a la matriz cultural de la cual provienen, todos imbuidos del afán de estar emplazados en el momento exacto donde se planeaba comenzar una nueva historia.

En la segunda parte de la obra, el autor realiza la aplicación del marco teórico que esbozó en la primera parte, remitiéndose a demostrar cómo, tanto el fascismo italiano, como el nacionalsocialismo alemán fueron concretamente manifestaciones de esa ambición por el nuevo comienzo, aunque poniendo especial fuerza en el nacionalsocialismo como aquella expresión política de modernidad alternativa que reunió en sí misma todos los elementos que la constituyeron como tal, una opción al sentimiento de crisis que traía aparejado el modernismo en aquel espacio temporal. En este aspecto el concepto de “hombre nuevo” es clave pues sólo este actor sería quien llevaría a cabo el cambio, tanto cultural como existencial, el que alcanzaría la real trascendencia y renacería en medio de aquel ambiente nihilista (deberíamos vivir sin esperanza) y en fin, de profunda decadencia moral. Esta es la íntima relación que Griffin establece entre modernismo y fascismo, una expresión político cultural que nace renovada, tomando los aspectos positivos del modernismo, tales como la tecnología y la apelación a las masas, pero a la vez sepultando aquellos que la socavaban. En este punto el autor aplica el término “palingenesia”, pues, tanto fascistas, luego de conseguida la unificación, como los nazis, aspiraron a una renovación compuesta por elementos del pasado pero también por aquellos que la modernidad les ofrecía para realizarla, de ahí el concepto tan exacto de “modernidad alternativa”, en este sentido el aporte de la vanguardia artística habría sido fundamental al suministrar los tipos de imágenes de nación.

En su análisis del fascismo, Griffin, como ya hemos destacado recurre a innumerables eruditos, ya sea historiadores, literatos, artistas, antropólogos, etc., para apoyar sus postulados, pero hay que hacer especial referencia al historiador Emilio Gentile, a quien recurre en innumerables ocasiones, sobre todo al esgrimir con respecto a la politización de la estética y de la construcción de una religión profana en Italia y sus implicancias en la construcción de la nueva modernidad y de consecuente regeneración y revitalización de la nación, lo que finalmente le otorgarían el poder necesario, lo cual se sustenta de manera impecable con la cita a fuentes primarias que nos informan a cabalidad con respecto al pensamiento e ideales de los actores del momento; por ejemplo, citas a intelectuales que escribían en el periódico *La Voce*, o al tecnócrata Giuseppe Bottai, cuando afirmaba que el interés por Roma era “el potencial que tenía ese mito para inspirar acciones en el presente”. Desde otro punto, cuando se refiere al impulso cultural en el modernismo, alude a artistas de la talla de Mario Sironi, Ardengo Soffici y hasta al propio Le Corbusier, quienes, desde sus proyectos estéticos, con intención o no, apuntaban a la propaganda y a la política ayudando así a la conformación de actores renovados.

Al referirse al nazismo, nos encontramos con que aquella apoteosis renovadora llega a su máxima expresión. En un principio se centra en el ministro

## *Reseñas*

Goebbels a quien califica de modernista al haber utilizado la fuerza del Estado moderno “para crear una nueva cultura nacional y una nueva era histórica”. Pero además de eso, se refiere al estudio de *Mein Kampf*, como un icono en el que se refleja aquel elemento indispensable que la renovación alemana necesitaba, un manifiesto cargado de aquellos elementos míticos que según Hitler podrían salvar a Alemania de la decadencia y así llevar a cabo la regeneración, aquel espíritu salvador que conllevaba en sus bases el concepto de *Volkwerdung*. A lo anterior se suman elementos culturales propios de la renovación nazi, los cuales cambiaron su función estética o comercial para pasar a ser parte de la identidad nacional, de la política y de la sociedad. Traemos a estas líneas sólo estos ejemplos, ya que al analizar el fenómeno desde la perspectiva nazi el autor realiza un gran análisis de la conformación de aquella renovación cultural desde las más amplias manifestaciones culturales.

Roger Griffin ensaya sobre un tema que para muchos puede parecer paradójico, pero él, por el contrario, maneja hipótesis, fuentes, bibliografía y los conceptos que deambulan al azar por las aulas del pensamiento occidental, de manera tal que deja abierta no sólo una, sino que varias ventanas desde las cuales observar y reflexionar en torno a las aporías que analiza, constituyendo así su libro un estudio multidisciplinario de consulta indiscutible para historiadores, antropólogos, sociólogos, arquitectos, literatos, en fin, para todo aquel individuo que desee inmiscuirse en temas relacionados con el modernismo, el fascismo y sus puntos en común, desde esta nueva concepción de la realidad que el autor propone.

*Cecilia Morán*  
*Campus Bellavista Av. Bellavista 0121, Santiago (Chile)*  
*Universidad Nacional Andrés Bello*  
*ceciliamorant@gmail.com*